

La tiranía del algoritmo y *La pregunta por la técnica*

CORINA YORIS-VILLASANA

El presente artículo centra su atención en la idea de la *tiranía del algoritmo* y el porqué de la sensación de que una fuerza invisible decide qué compramos, por quién votamos y qué deseamos. Para Heidegger, esta dictadura digital no representa un error del sistema, sino más bien el resultado de nuestra forma de entender la existencia como algo cuyo valor reside únicamente en su capacidad para ser procesado y consumido.

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre Martin Heidegger para un público general constituye un desafío mayúsculo, pero también supone una ocasión privilegiada para conectar su pensamiento con el lector aficionado. Para lograrlo, resulta esencial dejar a un lado términos filosóficamente densos como “Dasein” o “ser-en-el-mundo”, que, pese a su centralidad teórica, presentan una complejidad opaca para los ajenos a la filosofía.

Centremos nuestra atención en la idea de la *tiranía del algoritmo* y el porqué de esa sensación de que una fuerza invisible decide qué compramos, por quién votamos y qué deseamos. Para Heidegger, esta dictadura digital no representa un error del sistema, sino más bien el resultado de nuestra forma de entender la existencia como algo cuyo valor reside únicamente en su capacidad para ser procesado y consumido.

En su icónica intervención de 1953, el autor recalca que el trasfondo de la técnica no radica

en sus propios mecanismos. Mediante esta reflexión, sugería que el verdadero riesgo no reside en la tecnología en sí, sino en nuestra limitada visión utilitarista del mundo.

El usuario no escoge el contenido que aparece en su pantalla; es el contenido el que lo ha convocado, transformándolo únicamente en un número dentro de un sistema. En esta obra, *La pregunta por la técnica*, Heidegger describió este tiempo como una estructura de emplazamiento: una condición en la que tanto la naturaleza como nuestra propia privacidad han perdido su carácter sagrado para convertirse en meras reservas de datos, esperando ser explotadas.

LA ESENCIA DE LA TÉCNICA NO ES “LO TÉCNICO”

La técnica trasciende lo meramente instrumental para reconfigurar nuestro vínculo con el entorno y la propia identidad. Para entender nuestra subordinación algorítmica, debemos aceptar que

DOSSIER

ya no somos los soberanos de nuestras herramientas, sino sujetos supeditados a su lógica y mandatos.

En este sentido, M. Heidegger advertía con insistencia que al considerar la tecnología como algo “neutral”, como un simple instrumento al servicio de nuestras acciones –ya sean buenas o dañinas–, nos colocamos en una posición de inevitable fracaso. ¿Por qué sucede esto? Porque esa percepción ingenua y cómoda descansa sobre una forma de pensamiento técnico: una perspectiva simplificada que ignora cómo la tecnología altera nuestra manera de experimentar y existir en el mundo mucho antes de realizar siquiera un movimiento en sus dispositivos.

En esta obra, *La pregunta por la técnica*, Heidegger describió este tiempo como una estructura de emplazamiento: una condición en la que tanto la naturaleza como nuestra propia privacidad han perdido su carácter sagrado para convertirse en meras reservas de datos, esperando ser explotadas.

Para Heidegger, la Técnica no es únicamente un conjunto de instrumentos y procedimientos tecnológicos; es una configuración específica para revelar la realidad. Antes, los artesanos respetaban los materiales y creaban objetos fieles a su esencia. Hoy en día, la técnica busca dominar la naturaleza y hacerla útil. Cuando nuestra mirada sobre el Caroní se vuelve puramente utilitaria, perdemos de vista el hondo significado de sus aguas oscuras y su danza eterna con el Orinoco, color notablemente diferente al tono marrón arcilloso del Orinoco, con el que se une en Ciudad Guayana, creando un contraste visual impresionante donde no se mezclan inmediatamente. En ese olvido de la belleza, le damos la razón a Heidegger: hemos permitido que la Técnica ciegue nuestra capacidad de asombro ante lo sagrado de la naturaleza. Paralelamente, dentro del dominio algorítmico que impera en la vida moderna, los seres humanos tampoco somos considerados ciudadanos plenos o individuos únicos con interioridades complejas, sino

más bien perfiles de usuarios que deben ser clasificados, gestionados y explotados según parámetros predeterminados.

Este tipo de dominio esconde su carácter opresivo bajo la apariencia de comodidad y accesibilidad. Creemos que elegir aplicaciones nos da autonomía, pero nuestra vida se ha convertido en datos cuantificables y configurados.

Dentro de este paradigma utilitarista y tecnificado, aquellos aspectos de nuestra experiencia que no pueden ser medidos, analizados ni optimizados –como los momentos de silencio genuino, la creatividad que brota del aburrimiento o la contemplación profunda y desinteresada– comienzan gradualmente a desvanecerse del horizonte de posibilidades humanas. Nos encontramos en una realidad donde solo se valora aquello que puede ser considerado como disponible y útil, olvidando que las dimensiones más ricas y trascendentales de la vida no pueden encapsularse ni gobernarse mediante algoritmos o interfaces diseñadas para maximizar nuestra productividad. En esta peligrosa renuncia a lo indescriptible y lo inefable, arriesgamos perder el contacto mismo con nuestra esencia más auténtica como seres humanos.

EL SER HUMANO COMO “RESERVA PROVISORIA”

El concepto más inquietante de Heidegger para el siglo XXI es, sin lugar a duda, el de “Reserva Provisoria” (*Bestand*). En el contexto actual, caracterizado por el predominio de la técnica, los elementos han dejado de ser considerados como objetos con una esencia propia para ser entendidos principalmente en función de su disponibilidad y utilidad práctica. Así, un avión en la pista deja de ser una obra magistral de la ingeniería para convertirse en un simple medio de transporte que aguarda a ser activado. Sin embargo, lo que hace más sombrío este diagnóstico es la advertencia de Heidegger: el ser humano no es inmune a esta lógica y termina siendo atrapado en la misma red.

Hoy, nosotros somos parte de esa vasta reserva. Los algoritmos no interpretan a las personas como individuos únicos con historias parti-

culares, sino como conjuntos de datos destinados a alimentar el mercado publicitario. La atención ha pasado a ser considerada un recurso que puede ser explotado, y la vida privada se posiciona como una fuente de valiosos recursos digitales. Incluso emociones profundas y humanas, como el afecto manifestado en un mensaje o el dolor compartido a través de publicaciones, se convierten en información procesable para predecir futuros patrones de comportamiento.

En este proceso de convertirnos en “reserva”, lo que nos caracteriza como seres individuales, nuestra mismidad, se desvanece. Dejamos de ser nosotros mismos para adaptarnos a lo que el sistema exige de nosotros en cada momento: meros generadores de tráfico, votantes o consumidores. Esta es una modalidad de tiranía que no requiere ni fuerza ni opresión directa; se basa en seducirnos hasta que nosotros mismos decidimos someternos al inventario global. En la era del algoritmo, dar la impresión de existir se reduce a estar accesible, quedar registrado y ser medido. Aquello que no se anota, se plasma o se carga se borra como si jamás hubiese ocurrido.

EL PELIGRO MÁXIMO Y LA BÚSQUEDA DE LA “SERENIDAD”

Frente a esta realidad, Heidegger escribe una frase que suena casi premonitoria: “donde yace el peligro, también crece aquello que puede salvarnos”. Según él, el mayor peligro de la tiranía algorítmica no son los errores o ciberataques, sino que funcione tan bien que olvidemos otras formas de relacionarnos con el mundo. Si cualquier deseo puede ser previsto por un algoritmo, nos enfrentamos al riesgo de perder incluso la capacidad de desear algo genuinamente propio y no predeterminado. Este es el olvido del ser en su máxima expresión: una vida cómoda y eficiente, pero despojada de misterio y libertad.

No obstante, Heidegger no aboga por un regreso nostálgico a épocas previas ni por una confrontación violenta con la tecnología. Él no era un “ludita” dispuesto a destruir las máquinas; su propuesta era mucho más sutil y madura: una disposición llamada “Serenidad” (*Gelassenheit*). Ser sereno es aceptar el uso técnico sin dejar que domine nuestra vida ni nuestra forma de pensar.

[...] dentro del dominio algorítmico que impera en la vida moderna, los seres humanos tampoco somos considerados ciudadanos plenos o individuos únicos con interioridades complejas, sino más bien perfiles de usuarios que deben ser clasificados, gestionados y explotados según parámetros predeterminados.

Recuperar nuestra humanidad frente al dominio del algoritmo requiere crear espacios de “no-utilidad”: leer un libro por el simple disfrute de las palabras, caminar sin la guía de un GPS o conversar sin la necesidad de transformar cada intercambio en contenido para redes sociales. Este texto mismo se ofrece como una invitación a la pausa reflexiva. Según Heidegger, pensar implica gratitud por la complejidad del mundo, superando la mera lógica técnica o algorítmica.

CORINA YORIS-VILLASANA

Licenciada en Letras y Filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en 1980 y 1981 respectivamente, donde también obtuvo su doctorado en Historia en 1999. Posee una maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar (USB) en 1993 y otra en Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Salamanca, España.